



Armando Roa: "Miguel Angel, El Alma y el Cuerpo"

Por J. Miguel Ibáñez Langlois

Con este nuevo libro (Ediciones Aconegua) el doctor Roa se inscribe en esa respetable tradición de médicos escritores que, a la manera de Gregorio Marañón, iluminan con su ciencia la bendura de los grandes personajes de la historia universal o de la ficción literaria. Antes había escrito sobre Spinoza, Jung, Nietzsche y Kierkegaard, y, en otro plano de la realidad, sobre el Quijote. Ahora lo hace sobre Miguel Angel, revelándonos, de paso, el espíritu del Renacimiento.

No se busque en estas luminosas páginas una de esas frías disecciones psiquiátricas, de las que tanto han abusado sus colegas: una cálida comprensión humana, una amplísima cultura y una grata presunción a favor de la "normalidad" le hacen decir que "en buena hora Miguel Angel se escapa de la psiquiatría", y le permiten abordar su figura de un modo a la vez científico y humano, o mejor, usando su rigurosa ciencia al servicio de una intuición más amplia y personal, que nos revela al personaje entero, en la profundidad última de sus motivos, y sin la limitación de un esquema psicológico preestablecido.

Miguel Angel representa como pocos una época apasionada por la investigación del cuerpo humano, por esos movimientos y expresiones corporales que manifiestan al espíritu. Esta fascinación, unida a su preferencia artística por la figura masculina, le ha hecho tradicionalmente sospechoso de inclinaciones psicológicas sexuales poco claras. Armando Roa aborda el tema con respeto y sobriedad ejemplares: prefiere explicar este embrujo por motivos culturales neoplatónicos y aun cristianos, que a través del cuerpo persiguen siempre el ideal de la belleza glorificada, lo que está más a tono con los rasgos perfectamente varoniles de su intelecto, sus obras y costumbres y, por cierto, de su religiosidad.

Este último aspecto es también objeto de un tratamiento sumamente lúcido. El escultor podía crear al mismo tiempo la Pietà y el Baco, sin contradicción interna. No se trata, como se ha dicho sobre su *Juicio Final*, de simbologías apolíneas y dionisiacas mañosamente disfrazadas de religión, sino más bien de una curiosa síntesis pagano-cristiana, de una poderosa revivencia de la antigüedad clásica integrada dentro de convicciones cristianas profundas.

A este propósito, el autor desarrolla en breves páginas toda la antropología renacentista de la corporeidad humana: el cuerpo como la dispersión y oscurecimiento del alma (Lorenz, Pico de la Mirándola, Ficino); el cuerpo como servidor magnífico, como operario realizador de la obra (Leonardo, Paracelso); el cuerpo como expresión de la belleza inagotable del alma, ideal graciosamente logrado en Rafael, y trágicamente fracasado en Miguel Angel, porque el tiempo envejece y destruye finalmente a la materia. Lo que salva a nuestro personaje es, en definitiva, la fe en la resurrección del cuerpo ya bello e imperecedero, y la fe en la arrobadora contemplación de Dios por un alma ya desligada del tiempo. Su vida y su escultura tienden, entonces, a una suerte de estado místico, donde el artista, purificado y muerto a la carne, puede mirar cara a cara, en el cuerpo mortal, la centella divina: la obra del Creador.

Esta interpretación viene confirmada por muchos datos de su biografía. Miguel Angel fue hombre sencillo y frugal, ajeno al artificio y la nadería social. Prefirió como amigos a los seres marginados de las veleidades del mundo, truhanes, comediantes, artifices de poca monta, en los que encontraba una riqueza y una paz ausentes de los Papas, príncipes y nobles de su clase. Leonardo, Bramante y Rafael fueron sus enemigos; sus amigos no pasaron a la posteridad.

Miguel Angel se consideró siempre un fracaso personal, signo y cifra del fracaso de toda existencia. No trabajó casi por iniciativa propia; casi todo lo dejó inconcluso. La Capilla Sixtina le fue impuesta por los Papas, y la tumba de Julio II quedó apenas empezada. Su estilo no posee la alegría, la gracia, el sueño o el enigma de sus grandes contemporáneos, sino una suerte de desesperación irremediable, de sino fatal o de resignación, actitudes impresas en sus rostros de David, Moisés, la Virgen. En su *Juicio Final* los réprobos expresan terror abierto, pero los bienaventurados no manifiestan un gran gozo.

Junto a las certezas y esperanzas de la religión cristiana, para Miguel Angel la fuerza salvadora de este destino fatal residía en la escultura. Es ya célebre su afirmación de que, para realizar la estatua, solo hay que "quitar al mármol unos pedacitos que tiene alrededor y que impiden que se vea": todo está en saber no quitar demasiado ni quitar bastante. Veía al mundo como una roca poblada de cuerpos —y por tanto almas— prisioneros; su tarea infinita era sacarlos a la luz antes del término del mundo, alcanzar un destello de eternidad frente al tiempo destructor.

El doctor Roa se pregunta si Miguel Angel era o no un "depresivo endógeno", y se responde negándole esta etiqueta psiquiátrica. El artista trabajó demasiado —doce a catorce horas diarias— para merecer esa calificación. Las causas de su carácter sombrío eran otras, más externas y claras: un hombre hondamente religioso ve en abierta crisis a la Iglesia; un gran escultor se ve obligado a pintar y hacer arquitectura; un enamorado de la belleza se sabe feo de cuerpo y rostro; un hombre que desea hijos no consigue casarse. Kretschmer lo incluyó entre los psicópatas esquizoides; Roa le reprocha el mirar los rasgos del espíritu como si fueran rasgos psíquicos del carácter. Más respetuoso fue el propio Freud, que, tan dado a servirse de figuras históricas para ilustrar determinadas patologías, retrocede ante Miguel Angel y dice de él poco o nada.

El tratamiento que Armando Roa ha dado al gran escultor me parece un modelo de sobriedad y lucidez. Sin duda es su experiencia psiquiátrica la que guía sus conceptos; sin embargo, se cuida mucho de emplear los fáciles esquematismos de esta ciencia, sobre los cuales prefiere la comprensión íntima que viene de la simpatía humana, del conocimiento de la época y de las circunstancias y, sobre todo, de esa "superciencia" que es el "discernimiento de los espíritus". Solo una amplia cultura y un delicado sentido ético y espiritual pueden explicar la proeza biográfica que encierran estas breves, amenas y brillantes páginas.

**Armando Roa: "Miguel Ángel, el alma y el cuerpo" [artículo]
José Miguel Ibáñez Langlois.**

Libros y documentos

AUTORÍA

Ibáñez Langlois, José Miguel, 1936-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1977

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Armando Roa: "Miguel Ángel, el alma y el cuerpo" [artículo] José Miguel Ibáñez Langlois.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile